

El tratamiento ético de la violencia en la televisión

FRANCISCO GIMÉNEZ-ALEMÁN*

La televisión como fenómeno de masas y como medio de información, instrumento educativo y de entretenimiento y ocio, sufrió una verdadera “revolución” —silenciosa o no— del tal calibre que, para homologarla con algunos acontecimientos similares, habría que remontarse a la invención de la imprenta de Gutenberg. Pues no sólo es una fuente de poder y de influjo abismante, sino también una ruptura que hace trascender los propios problemas domésticos y terrestres en busca de una dimensión planetaria de impensable alcance en el futuro. Un futuro que ya está y que no sólo registra la casi diabólica carrera de su poderío técnico, sino la arrolladora zancada de un caballo apocalíptico que todo lo pone patas arriba...

Y de ahí que ahora dejemos a los locos soñadores y a los expertos del incesante desarrollo tecnológico, para hacer una primera reflexión que no anula ninguno de los supuestos de su presencia en la sociedad de consumo ni las propuestas que pueden surgir de su virtud y virtualidad más profundas. Pero que exige acordar lo que llamaba Antonio Machado “la mano con la herida”, es decir, los sistemas de telecomunicación con las necesidades de los usuarios, el avance de la tecnología con el servicio público que debe prestar a todos. No siempre —y en estos momentos la diarritmia empieza a agravarse— el cañón electrónico de los rayos catódicos viajando a muy alta velocidad se corresponde con las exigencias del hombre nuevo —sí, nuevo, digámoslo sin complejos— que la televisión está creando. Todo porque

* Directo General de Telemadrid

los telespectadores constituyen una inmensa “tábula rasa” en la que sembrar todas las posibilidades que el siglo XXI anuncia y presiente.

Ocurre que si la aceleración tecnológica pide ineludiblemente nuevas ideas creativas e inteligencias despiertas, claramente hay que reforzar los soportes culturales, éticos, humanistas, para que esos medios tan decisivos no engullan la personalidad de ese hombre “in fieri”, es decir, el televidente en ese continuo reciclaje, a veces inconsciente, al que es sometido. De momento —los expertos así lo señalan—, se ha desperdiciado en buena parte un instrumento tan directo como la pantalla televisiva, a la hora de llevar la cultura, en sus vertientes didácticas y alfabetizadoras, al destinatario. Pero no cubrir determinadas expectativas o dejar campos neutros de actuación es haber bastardeado o adulterado su función y su mensaje dejando de utilizar y de aplicar racionalmente y de manera eficaz los contenidos. La televisión, en vez de privilegiar todo aquello que contribuye a la edificación y estructuración del mejor ciudadano, en vez de añadir alguna excelencia a la dignificación del hombre en su calidad de espectador, ética y moralmente hablando, se pierde y se degrada por las alcantarillas de una programación que únicamente habla a los sentidos y halaga los más bajos instintos. Con ello, la masa cree haber conquistado su libertad de personas libres, siendo así que hacen uso de ella únicamente en el nivel más consumista de emociones despersonalizadas y chabacanas.

En cualquier medio humano siempre existe un *decàlage* entre los objetivos y los logros conseguidos. En el caso de la televisión es algo manifiesto por la propia dimensión de sus propuestas. A veces los problemas surgen del ámbito político, de la organización de medio televisual, de la competencia entre unas emisoras u otras, etc. Sin embargo, la disfunción que señalamos es un fenómeno reciente y que tiene que ver con preocupaciones más pragmáticas: la batalla por la audiencia, la competencia de las parrillas y la inevitable atención del share. El prime time se convierte en una pesadilla para los programadores, para los directores de antena, para las mismas “estrellas” de la pantalla. La bonancible situación económica vino a cegar de rechazo las fuentes de creatividad inteligente, y la rutina y el mimetismo hicieron lo demás, llevando a la televisión a una regresión evidente.

Aquí nos interesa por eso, más que los problemas derivados de la competencia y de las cuestiones relativas al papel de la televisión tradicional con respecto de la televisión digital a la carta, todo lo que subyace de descuido y de escamoteo, de insuficiencia, para reconducir el medio de la televisión y sus fines a su propio objeto. Debajo de las operaciones de *màrketing* anida una filosofía del “todo vale” o del “fin” como justificativo del medio, sea éste el que fuere, sin la reflexión más leve o la crítica necesaria. Hacia los años ochenta, la televisión entró en España —como ha señalado algún tratadista— en una etapa de preocupante superfluidad, frivolidad y aun pura y dura trivialización. Todos esos programas llamados reality shows pugnaron por los mejores espacios. Ninguno ahorra los ingredientes imprescindibles del producto morbosos, tales como la violencia a palo seco, los espectáculos de manifiesta vulgaridad (cuando no grosería) y los concursos de insulsez paranoica. Se consiguió con ello un éxito a la baja, la caída en picado de la calidad y, por supuesto, la destrucción de un mensaje positivo. El nivel ético y estético pasó a mejor vida hasta el punto que en estos momentos, ante el fiasco previsible ante algunos éxitos más aparentes que reales y la regresión al punto de salida, hay voces autorizadas dentro del medio televisivo que no dudan en proclamar que tenemos la peor televisión de la década. Algún chusco ha dicho con acierto que la vida no imita al arte, sino que la vida imita a la televisión...

Y efectivamente la televisión ha entrado en casa, en el cuarto de estar, y no sólo para prender a los niños

con películas de dibujos animados o contarnos algo de lo que pasa en el mundo, sino para colonizar nuestros gustos y estragarlos, cuando no para distorsionar nuestra vida. Porque la batalla de la audiencia le ha llevado a volcar sobre la pequeña pantalla los detritus de una sociedad inconsciente, la miseria cotidiana, que resulta más grave que la lucha por encontrar por parte de las distintas programaciones un lugar al sol, echando mano del cine americano, del tirón cada día más arrollador del fútbol, o la “crónica rosa”, de tan insulso calado. Aunque la “clarividencia” exigible, como la llama Gustavo Bueno, indisociable de la novedad tecnológica, se pierde en casi todas las ocasiones. Existe un círculo vicioso entre el espectador y la televisión, ya que si es cierto que la demanda crea la oferta, también la oferta queda condicionada por la demanda, que impone sus ritos, sus usos y abusos y, lo que es más grave, desnaturaliza el propio lenguaje televisivo. En ese vertiginoso río revuelto, la ganancia es de los pescadores de la masificación, de los comportamientos grupales, dejando al individuo y a su conciencia al paio, sin defensas ante la avalancha turbadora.

Ante una situación así, es preciso reaccionar y más que nada por respeto al medio, a la televisión misma. Hay que anotar la preocupación por los abusos de un mercado cuyas claves escapan a los controles de inteligencia y calidad necesarios. La nulidad intelectual de algunos de estos programas en los últimos años, y pese a la desorientación de ciertas élites, no ha sido óbice para que se hayan levantado voces reclamando coherencia en estos medios. Hoy echamos de menos esas grandes figuras intelectuales que tuvo España como Unamuno u Ortega, que en un artículo o en un ensayo iluminaban con rotundidad un momento confuso o ambiguo de nuestra historia y de nuestra vida. El hecho de que la debacle de alguna utopía se haya consumado —tal y como ejemplifican la caída del muro de Berlín o el descubrimiento del Gulag, entre otros acontecimientos parecidos— llevó a las élites a encerrarse en sus cuarteles sin participar en la vida pública. Siendo así que sólo el compromiso con los altos valores y la crítica de los desafueros sociales legitiman y dan sentido a la democracia.

La vida española que refleja la televisión produce auténtico escándalo, una desagradable sorpresa, e incluso en alguna ocasión verdadero asco. Hoy es real la creciente preocupación social por el clima ético de la tarea de los medios de comunicación. Hace años, la prensa diaria se sintió obligada a cierto autocontrol, relegados en distintos códigos deontológicos emitidos por asociaciones de periodistas o diarios informativos. Todavía en los medios audiovisuales, mucho más complejos y tecnificados que la prensa en sí, falta voluntad de salir al paso para conjurar algunos de los “males de la patria”, y que tienen nombres propios, como la violencia de las series de dibujos y películas animadas o reales, la presentación del terrorismo con una prosopopeya o retoricismo flagrantes, la referencia a los malos tratos familiares con tratamientos demasiado disolventes y sin la moderación necesaria que lejos de clarificar la situación la complican, etc. Con ello se les ofrece una cancha gratuita y magnificadora más que el correctivo que toda sociedad civilizada debe aplicarles.

Ciertamente, en una democracia los valores nunca dimiten, ni mucho menos su jerarquización, más exigibles hoy en la sociedad post-industrial que nunca, siquiera un hedonismo febricitante acentúa más derechos humanos del individuo, que se vencen del lado de ludismo, o de la vaciedad, en su juego con la sociedad del ocio que los que les acerquen más al cultivo de lo verdadero, de lo nuevo y de lo bello. Se dirá que no existe una relación directa, de causa a efecto, entre la presentación de los contenidos violentos y las reacciones del espectador, porque hay en todo ello algo catártico o liberador, un punto de lejanía que ayuda a enfriar la emoción del individuo. Y sin embargo, la cuestión es de mayor trascendencia y alcance, de mayor profundidad, puesto que esos espacios agresivos aumentan la insensibilidad y hasta la indiferencia de la gente respecto de los derechos humanos que deben

salvaguardarse por encima de todo. El grado de manipulación que puede ejercerse sobre la opinión pública es evidente.

Hay situaciones en verdad que no pueden medirse con estadísticas o baremos, ni mucho menos analizarse con la asepsia de un laboratorio, haciendo distinciones especiosas entre el mimetismo inmediato o la escasa influencia de lo simplemente fingido o escenificado. Y no cabe ignorar el proceso de “realimentación” entre la realidad y su traslación televisiva. Los ejemplos se han intensificado en los últimos años en varios frentes informativos: es inaceptable en muchos casos el tratamiento que se da a la violencia terrorista, en ocasiones de manera subliminal, utilizando algunos juegos semánticos que alojan en los espectadores la idea desnaturalizada de lo que es el asesinato, la concepción neutra de términos de expresión que no necesitan ninguna definición suavizante, ya que son el terror y la violencia, física o verbal, en estado puro. Hay muchas maneras de confundir al espectador o al oyente con generalizaciones tendentes a despistar sobre los verdaderos fines de tantos discursos y soflamas. De ahí que existan peligrosas e injustas equiparaciones al hablar de la violencia etarra, metiendo en el mismo saco las actuaciones para el mantenimiento del orden público que el asesinato o la extorsión. No es posible establecer ninguna suerte de paralelismo entre los que matan y los que viven en pacífica convivencia, entre los que utilizan argumentos y razones contra los adversarios en sus reivindicaciones políticas o sociales y los que utilizan el tiro en la nuca y la bomba-lapa.

Y en este sentido, la capacidad para turbar al ciudadano por parte de los espacios visuales es ilimitada. El espectador es un sujeto pasivo que se empapa como una esponja de esta lluvia o “sirimiri” —llamémosla como se quiera— hasta la adicción más absoluta. Y si los motivos esgrimidos tienen escaso peso en un país de descentralización del poder, mediante las Autonomías, mucho menos se justifica el lenguaje debidamente “peinado” y deslegitimado para aludir al terrorismo. No es de recibo llamar a ETA, con indudable inconsciencia por todos, organización separatista o ejército vasco armado, cuando lo expeditivamente concluyente es que estamos ante una banda de asesinos o de presos con delito que han sido juzgados y condenados por delincuentes. El economista Luis M. Linde ha escrito recientemente en ABC que la expresión “movimiento vasco de liberación nacional” no es otra cosa que un patético y ajado disfraz sacado del armario de la lucha anticolonial del siglo XX. Tampoco es legítimo ni lícito hablar del “conflicto político” del País Vasco, al presentar las reivindicaciones independentistas, puesto que todo ello tiene cabida en el marco constitucional por vía democrática.

La televisión, acaso en mayor medida que otros medios de comunicación, ha de devolver al lenguaje su expresiva genuidad, para que sólo diga lo que tiene que decir y así desenmascarar tanto dislate. También hay que “desarmar” las palabras, devolverles su sentido etimológico y rescatarlas del retoricismo ambiguo. Lo primero que hemos de hacer es vigilar que el lenguaje de todos los días cumpla su misión de informar con palabras ajustadas y serias, que no sea el lenguaje que por miedo o terror quieren imponernos. Y junto a este principio de que las palabras digan su verdad y digan por lo tanto lo que son, hay que evitar que puedan servir de coartada para meter de matute las ideas averiadas de una libertad que se muerde la cola, pues ya se sabe que la libertad que los terroristas reclaman y por la que dicen “luchar” no sería sino una tiranía impuesta a la fuerza y de la que los medios audiovisuales nos ilustran precisamente día tras día, acaso sin el tacto, la equidad y la justicia que los violentos merecen.